

---

## NECROLÓGICAS

---

Francisco Morales Padrón (1923-2010),  
*in memoriam*

Escribir este obituario del Profesor Morales Padrón al año de su fallecimiento no es tarea fácil para mí. Los recuerdos y los sentimientos se agolpan y no dejan a la mente dilucidar con claridad. No muchas, pero sí han aparecido en ciertos periódicos y en alguna que otra revista científica algunas notas laudatorias, firmadas por compañeros y alumnos, en las que se destaca especialmente su labor académica.

Disculpando estos casos, estas notas son muy pocas de las que se podían esperar hablando de un hombre con una vida, una personalidad y un carácter tan complejo y a veces difícil.

Y esta vida, también tan rica y larga, fue vivida, casi en su totalidad, toda ella en Sevilla y en centros académicos de la ciudad. Y Sevilla es también una ciudad muy especial para entender y comprender lo que estudie y analice de ella cualquier persona, y no digamos ya cómo se interprete y cómo se penetre en su tejido cultural e intelectual. En consecuencia, al Profesor Morales Padrón se le habían colocado de forma casi imperceptible algunas etiquetas, que siempre se pronunciaban con medias palabras: se aceptaban sus opiniones, fruto de sus investigaciones acerca de la intrahistoria social de Sevilla con la colaboración muchas veces de numerosos alumnos, pero siempre que se mantuviese en el circuito académico. Los típicos tópicos solo podían ser alterados por los *oficialistas intérpretes*. Morales Padrón no era sevillano de nacimiento, y por tanto no podía estar capacitado para comprender y transmitir adecuadamente los oportunos matices de la *esencia* del carácter y de la cultura local. Por eso, también fue un pregonero atípico de la Semana Santa sevillana; fue un descubridor anómalo de cierta interioridades de la ciudad que no le fueron agradables al sector social y cultural políticamente correcto del momento, y que, curiosamente, por ejemplo, nunca le reconoció el dinamismo que le impulsó a la Academia Sevilla de Buenas Letras.

Además, tuvo, según muchos, la inoportuna osadía de ocupar la titularidad del decanato de la Facultad de Filosofía y Letras en la década de los sesenta del siglo pasado, cuando la progresía al uso le colocaba etiquetas que perduraron en su vida académica y personal; etiquetas que se hicieron mucho más marcadas cuando en la

década de los setenta, siendo Director del Departamento de Historia de América de la misma Facultad, tuvo que lidiar con ciertas actitudes de algunos alumnos, especialmente en los meses que rodearon la Revolución Portuguesa llamada «de los Claveles». Algunas de las decisiones que tuvo que tomar, nunca en desfavor de aquellos ingratos alumnos, fueron interpretadas de forma torticera y negativa por cierto sector ideológico de la ciudad, incluso de la propia Universidad de Sevilla. Siempre fue acusado falsamente de ser el inductor de algunas actuaciones policiales en los campus universitarios. En consecuencia, y fruto de esta interpretación, ha sido la casi negativa permanente a alcanzar ciertas condecoraciones y honores ciudadanos que se merecía por derecho propio más que otras personas. La ingratitud de estos sectores políticos y culturales le acompañaría hasta su muerte.

En consecuencia, y a pesar de ello, no tengo más remedio que enfatizar, tal como se ha hecho en esas páginas obituarías, su ingente labor investigadora, académica y administrativa que fue tan fecunda: miembro del Consejo Superior de investigaciones Científicas; Profesor de la Universidad de Sevilla en todo el escalafón; Director del Colegio Mayor Universitario Hernando Colón, de la Universidad de Sevilla, y promotor en el mismo de actividades culturales y científicas de primerísimo nivel, con presencia incluso de premios noveles; Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, y Director del Departamento de Historia de América, de la misma Universidad, cuando la Historia de América se configuraba como una especialidad completa. En la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fue Director de Sección y de las publicaciones *Anuario de Estudios Americanos*, e *Historiografía y Bibliografía Americanista*, así como Coordinador de la desaparecida revista *Estudios Americanos*. Esta última marcó un hito memorable, sobre todo en las décadas cincuenta y sesenta del pasado siglo, donde nos encontramos con trabajos de primerísimo nivel, como por ejemplo el de D. Vicente Rodríguez Casado sobre Carlos III, así como noticias acerca de la pujante vida intelectual que se vivía alrededor de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, así como de las reuniones de todo tipo y matiz que se celebraban en las aulas y salones del Centro. Fue académico y Director de la Academia Sevillana de Buenas Letras, correspondiente de la Real Academia de Historia de España (en varias ocasiones candidato a miembro de número), así como de casi todas las Academias de Historia Iberoamericanas; miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica, base y germen denostado de la Agencia Española de Cooperación y, también en gran parte, del Instituto Cervantes. Doctor *Honoris Causa* por varias universidades europeas e iberoamericanas...

Esta múltiple experiencia científica y administrativa nacional e internacional le animó a embarcarse en varias tareas organizativas muy importantes. Los sistemáticos Coloquios de Historia Canario-Americana, con la ingente colaboración de la Casa de Colón de Las Palmas; junto con varios colegas, algunos de ellos aún entre nosotros como D. Luis Navarro García, D. Ismael Sánchez Bella, y yo mismo, animó la creación de la Asociación de Americanistas Españoles; y, sobre todo, la AHI-

LA (Asociación de Historiadores Latinoamericanos Europeos) que tanto hizo por animar e incentivar criterios científicos y no ideológicos en cuanto a metodología e investigación en la historia del Continente americano. El esfuerzo que se hizo por convivir cinéticamente y actualizar la historiografía de los, por entonces dos bloques políticos que dividían a Europa. Nunca se podrá valorar suficientemente todos sus esfuerzos, por supuesto con la colaboración y el apoyo de muchísimos colegas de todos los países europeos, para implantar y expandir los estudios sobre América Latina en muchas universidades europeas. Eran los años difíciles de *la Guerra Fría*, cuando las corrientes historiográficas, sobre todo las de la llamada *Europa Oriental*, no aceptaban los nuevos planteamientos más científicos, técnicos y menos ideológicos de las universidades y centros de investigación de este lado occidental.

Por eso, gracias al prestigio y a los contactos de los que disponía el profesor Morales Padrón, y repito con la ayuda y colaboración de otros muchos colegas de varias universidades europeas, se pudieron organizar reuniones científicas y congresos en Francia, las dos Alemanías, Polonia, Italia, Hungría, España, Inglaterra, Suecia, Portugal, etc. Incluso esta Asociación pudo jugar un papel primordial en la eficaz concesión del Premio Erasmus, del Gobierno holandés, al Archivo General de Indias: eran años en los que todavía ciertas posturas políticas e ideológicas hacían mella en muchas instituciones europeas; y el que esto escribe tuvo el honor de ser testigo directo. Fruto de esta nueva actitud en las altas instituciones europeas fue la entrada de los estudiantes de Historia de América, en sus diferentes especialidades, en la red de becas Erasmus, que tanto éxito viene teniendo.

Como se puede entender, mi información y conocimiento de la participación del profesor Morales Padrón en todas estas actividades, provienen de muchas horas de conversación, análisis y también discusión con él. En ese tiempo pude adentrarme también en dos facetas que me llamaron mucho la atención en él. La primera fue comprender cómo hacía suyo el análisis historiográfico y llegaba a aplicarlo a su propia vida personal; y, por otro lado cómo iba apareciendo en él una profunda preocupación religiosa que nacía de su constante arrepentimiento y por tener que disculpar y hasta perdonar una y otra vez.

La primera faceta arranca en él con los estudios y análisis de la historia de la ciudad de Sevilla. Desde la intrahistoria socioreligiosa que aplicó en algunos de sus análisis de las casas de vecinos y corrales, hasta las hermandades, cofradías y aquel que hemos denominado anómalo pregón de la Semana Santa, que pronunció en el desaparecido teatro Álvarez Quintero.

En su libro *La Sevilla del Quinientos* (que forma parte de la Historia de Sevilla que editó el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, que él tanto colaboró en su puesta en marcha y en su proyección) ya aparecía una de estas preocupaciones historiográficas a la que nos referimos. Y es que en él latía el sueño que buscaba poner en vivo cómo había funcionado la ciudad y el puerto americano; especialmente en el uso del elemento humano de la ciudad en la organización y funcionamiento

de las expediciones migratorias y de las flotas comerciales y militares. La intención de ejecutar esta operación era y es muy compleja, y el profesor Morales Padrón era consciente de ello. Le había comentado que en una de mis visitas a la ciudad de Liverpool tuve ocasión de conocer la magnífica exposición permanente que el gobierno regional y local habían montado en las viejas instalaciones portuarias de la ciudad; en ella se mostraba, y creo que se muestra todavía, lo que había significado ese puerto para la emigración de los pueblos del Norte de Europa en los siglos XIX y XX y cómo se había organizado ésta; una réplica sensu contrario también se ha hecho en Buenos Aires. Este comentario mío le hizo abrir los ojos y esbozar su típica sonrisa: esta, me dijo, era la idea que tenía para haber mostrado la actividad de la ciudad y el puerto de Sevilla durante los siglos XVI y XVII. Pero la desazón que había tenido que soportar con este tema le había llevado a tirar la toalla. Una nueva preocupación historiográfica le empujaba hacia otros asuntos: ahora eran los viajeros y visitantes extranjeros en Andalucía, y especialmente en Sevilla, los que habían captado su interés y atención.

La segunda faceta a la que aludíamos arranca en la década de los setenta y se prolonga hasta su muerte; muestra de ello fue el denominado «anómalo» pregón de Semana Santa, definido así, aunque no fue tal, por cierto sector «correctísimo» de la sociedad civil y eclesial sevillana, porque fue una muestra más de su preocupación por su fe y por la Iglesia. En ella hay una constante teológico-histórica: como le sucede a San Pablo, el profesor Morales Padrón busca insistentemente acercarse a Jesús desde el análisis del cumplimiento histórico de las promesas veterotestamentarias, y busca concluir en una comprensión congruente de la Resurrección y de la vida eterna. Un comentario más profundo que éste fue el que nos hizo en la Eucaristía del día de su entierro el anterior párroco de su parroquia de Santa Cruz. Era puntualmente una forma de restaurar y de volver a su antigua actitud crítica con la historia, con la historia de la salvación, de su salvación. Y en este camino él descubrió lo que necesitaba para serenar en los últimos años su espíritu inquieto, y encontrar la paz en sus preocupaciones y miedos por la muerte.

Estos fueron los temas de conversación que tuvimos muchos días desde que me ofreció compartir el despacho con él allá por los años noventa. Nuestra amistad e intimidad crecieron y nos comentábamos las lecturas al uso de esos temas estábamos leyendo. Ya se iba formando con libros adecuados una importante sección en su excelente biblioteca personal. Muchos de sus artículos periodísticos se orientaron hacia estos asuntos, y de una manera especial su espíritu se volcó en su libro *Jesús de Nazaret. Realidad y fabulación* (2008). Ya había olvidado desdeñes antiguos, recibido el homenaje que la Universidad Hispanoamericana de La Rábida (Internacional de Andalucía) y encontrado la paz en el Hombre de la Historia.

José Luis MORA MÉRIDA  
Universidad de Sevilla  
Departamento de Historia de América  
Sevilla